

El futuro global del Estado-nación*

MICHAEL MANN

INTRODUCCIÓN

Las ciencias humanas parecen colmadas de visionarios que reivindican el surgimiento de una nueva forma de sociedad. Los más entusiastas comparan el mundo de hoy con el siglo XVIII, cuya Revolución Industrial, "modernismo" e "Ilustración" supuestamente revolucionaron la sociedad humana. En su opinión, nos encontramos en el paroxismo de una transición comparable a una sociedad "postindustrial" o "postmoderna". Otras terminologías implican un cambio mu-

cho menos revolucionario. Se utilizan términos como "capitalismo tardío", "modernidad tardía", o "modernidad radical" para sugerir diversos grados de cambio ininterrumpido en oposición a un cambio violento. Asimismo, los vocablos "globalistas" invocan diferentes tipos de entusiasmo: tal vez "capitalismo global" se refiera tan sólo a una prolongación mayor de una vieja economía, mientras "sociedad global", por lo general, implica un fenómeno radicalmente original en la historia de la sociedad humana.

MICHAEL
MANN
Profesor
de Sociología,
UCLA.

(*) Traducción del inglés de María Victoria Mejía Duque.

El gremio de los entusiastas comprende un grupo bastante variado de escritores, filósofos, sociólogos, economistas políticos y de negocios, geógrafos y ambientalistas, quienes a pesar de encontrar pocos puntos de acuerdo entre sí –en particular con respecto a la conveniencia de los cambios–, comparten la convicción de que las transformaciones contemporáneas constituyen un factor debilitante del Estado-nación. Desde la posición de postmodernistas como Baudrillard, Lyotard o Jamieson, pasando por la de geógrafos como Harvey o Taylor, o de sociólogos como Giddens, Lash y Urry, hasta aquella que sostienen los economistas de negocios tan bien representados por *The Economist*, surgen declaraciones similares sobre el “cercenamiento”, “desestabilización”, “acorralamiento” o “marginalización” del Estado-nación¹. Algunos describen el hecho partiendo de un solo aspecto. Dado que lo “étnico” aparece ampliamente en los escenarios de “fragmentación postmoderna”, dichos estudiosos consideran que existe un resurgimiento del nacionalismo en el mundo de hoy. Mientras tanto, para el caduco Estado-nación sólo encontramos epitafios.

Los entusiastas tienden a fundamentar la mayor parte de sus argumentos en las innovaciones en el campo de la tecnología y la informática observables en la actualidad. Sistemas de transporte e información que ofrecen acceso rápido al mundo (con frecuencia instantáneo) proveen las infraestructuras de una sociedad global. Acepto la existencia de esta infraestructura potencial del globalismo: en verdad la logística de la comunicación y, por tanto del poder, se han revolucionado. Las personas, los bienes y en particular los mensajes circulan el globo, de

tal modo que la visión entusiasta de una sociedad global única es posible desde el punto de vista tecnológico. Sin embargo, ¿es realidad? Para sugerir que sí, los entusiastas sostienen tres tesis principales –a las cuales agregaré una cuarta que podría ser esgrimida, aunque rara vez lo hacen–.

1. El capitalismo, que ahora se ha convertido en global, transnacional, postindustrial, “informacional”, consumista, neoliberal y “reestructurado”, está socavando el Estado-nación: su planificación macroeconómica, su colectivista Estado benefactor, el sentido de identidad colectiva de sus ciudadanos, su papel de articulador de la vida social.

2. Otros aspectos del “globalismo”, en particular las amenazas ambientales y de población que quizás dan origen a una nueva “sociedad de riesgo”, han llegado a ser demasiado extensos para que su control dependa únicamente del Estado-nación.

3. “Políticas de la identidad” y “nuevos movimientos sociales”, haciendo uso de nuevas tecnologías, acrecientan el surgimiento de diversas identidades locales y transnacionales, a expensas tanto de las identidades nacionales como de las vastas identidades de clase, tradicionalmente bajo el control del Estado-nación. Por ésta y por las razones anteriormente expuestas, somos observadores del dramático surgimiento de una nueva “sociedad civil” transnacional: movimientos sociales por la paz, los derechos humanos, el medio ambiente y reformas sociales que adquieren connotaciones realmente globales.

Vale la pena tener en cuenta dos características de los visionarios. En primer lugar, en su mayoría son europeos occi-

⁽¹⁾ Ejemplos recientes los encontramos en Taylor, P. “Embedded statism and the social sciences: Opening up to new spaces”. En: *Environment and Planning*. 1996; Lash S. y Urry J. *Economies of Signs and Space*. Londres: Sage, 1994; Featherstone M. “Global culture: An introduction”. En: *Theory, Culture and Society*. Vol. 7, 1990; Harvey, D. *The Condition of Postmodernity*. Oxford: Blackwell; 1990; *The Economist*, “The World Economy: Who’s in the driving seat?”, octubre 7, 1995.

denciales –dado que esta región particular del globo brinda el mayor respaldo político al epitafio del Estado–. En segundo lugar, muchos de los más grandes entusiastas son marxistas, o lo fueron, o han surgido de culturas intelectuales antes bajo el dominio del marxismo. A ellos se han unido sus contrarios aparentes: los economistas neoliberales (también europeos en su gran mayoría). En realidad, estos opositores comparten ciertas creencias. Dado que tanto la teoría económica como la marxista ignoraron los Estados-nación, lo mismo hicieron sus sucesores globalizadores. Y ahora que los postmarxistas han abandonado las clases, se han visto obligados a aliarse con sus contrarios para rendir culto a los poderes transformadores del capitalismo. Como quiera que el capitalismo se encuentra en proceso de cambios trascendentales, los entusiastas deducen que, por tanto, se debe estar transformando el mundo en su totalidad. Ello es verdad incluso con respecto a los muchos entusiastas que han dado “el giro cultural”: si bien hacen énfasis en los componentes culturales del globalismo o postmodernismo, por lo general, recalcan su esencia como “capitalista”.

En términos de los conceptos que utilizo en mi propio trabajo, estos entusiastas hacen hincapié en el poder económico, o en el poder económico e ideológico, en tanto dejan de lado el poder militar y político. Es peculiar que subestimen las relaciones de poder militar, pues también podría considerarse que, en la actualidad, ellas debilitan los Estados-nación, al menos en los países más avanzados. Agrego pues una cuarta tesis globalista y “debilitante del Estado”, la cual surge de un entorno intelectual bastante diferente.

4. El postnuclearismo horada la soberanía del Estado y la “geopolítica dura”, dado que la movilización de masas para la guerra fortaleció en alto grado la expansión moderna del Estado, a pesar de que ahora es irracional. Quizás la percepción de Martin Shaw sobre el surgimiento de un “Estado global” constituye la versión más mesurada de esta tesis. En gran medida es una opinión minoritaria en el campo de las Relaciones Internacionales, disciplina que, en gran parte, continúa atada al estudio del Estado soberano.

La parte empírica de este artículo estará dedicada a analizar si estas cuatro tesis son correctas en sus planteamientos. Dado que estas tesis minimizan la importancia de las relaciones de poder político, se consideran dos contratesis políticas:

1. Las instituciones del Estado, tanto internas como geopolíticas, siguen teniendo eficacia causal, dado que ellas (al igual que las económicas, ideológicas y militares) proveen las condiciones necesarias para la existencia social²: la regulación de aspectos de la vida social que, de manera característica, son “territorialmente centrados”³. Por consiguiente, no pueden ser la simple consecuencia de otras fuentes de poder social.

2. Si el punto anterior es verdadero, las considerables variaciones de los Estados entre sí darán origen a modificaciones en otros ámbitos de la vida social. Aún dentro del continente europeo los Estados difieren en tamaño, poder, geografía y grado de centralización. Alrededor del globo las variaciones muestran un dramático incremento en grado de democracia, nivel de desarrollo, poder infraestructural, poder geopolítico, en-

⁽²⁾ Evidentemente existieron sociedades sin Estado (estas sociedades dominaron gran parte de la existencia del hombre sobre la tierra) y todavía existen. No obstante, parece que los Estados son necesarios para la vida social avanzada, pese a la opinión anarquista.

⁽³⁾ Mann, M. *The Sources of Social Power*. Cambridge: Cambridge University Press, 1986-1993, cap. 1.

deudamiento nacional, etc. De igual manera, estas variaciones habitan escenarios regionales muy diferentes. ¿Aun si contara con el apoyo del peligro ambiental, de la "postmodernidad cultural" y de la desmilitarización, podría el capitalismo moderno lograr que estas variaciones perdieran pertinencia, y tener los *mismos* efectos en todos los países? ¿O dichas variaciones causarían una alteración entre estas fuerzas, limitando así la globalización?

Solamente los entusiastas más febriles negarían toda validez a estas tesis contrarias, o a la supervivencia del Estado-nación como usuario de ciertos recursos económicos, ideológicos, militares y políticos. La misión es establecer *grados* de causalidad relativa: ¿En qué medida se está transformando el Estado-nación, en qué medida se está debilitando –o aun, quizás todavía, está creciendo?

Para determinarlo debemos establecer algunas distinciones conceptuales. En la actualidad es posible distinguir cinco redes socioespaciales de interacción en el mundo:

1. Redes locales las cuales, para los fines que nos ocupan, simplemente significan redes subnacionales de interacción;
2. Redes nacionales, estructuradas o (de manera más neutral) limitadas por el Estado-nación;
3. Redes internacionales, es decir, relaciones entre redes nacionalmente constituidas. En forma obvia incluyen la "geopolítica dura" de las relaciones inter-Estado, centradas en la guerra, la paz y las alianzas. No obstante, así mismo incluyen la "geopolítica moderada" entre Estados, negociaciones acerca de asuntos de carácter pacífico y particular como el transporte aéreo, las comunicaciones, contaminación del aire, etc. E incluyen relaciones entre redes constituidas más a escala nacional que estatal. Por ejemplo el surgimiento de "campeones nacionales" que juegan en un campo más amplio, ya se trate de equipos de fútbol o de corporaciones gigantes.
4. Redes transnacionales que atraviesan las fronteras nacionales. No tendrían

que ser muy extensas; tal vez una secta religiosa cuyas actividades se desarrollan simultáneamente en dos países vecinos, o podrían ocupar un continente o aun el mundo entero.

5. Redes globales extendidas por todo el mundo, o de una manera más realista que cubren gran parte del mundo. Sin embargo, debemos distinguir aquí entre redes universalistas y particularistas. Aunque el movimiento feminista puede difundirse a través de casi todos los países, usualmente sólo se esparce entre grupos particulares, más bien pequeños. La Iglesia católica, pese a tener alguna presencia en todos los continentes, cuenta con una base bastante estrecha en Asia, mientras es casi universal en América Latina. El capitalismo que evocan muchos entusiastas es una red global universal, diseminada de manera uniforme en la vida económica y social de casi todas partes. Por el contrario se pueden formar redes globales, bien por medio de una red universal única, bien mediante una serie de redes segmentadas entre las cuales existirían relaciones bastante particularistas.

A lo largo de los últimos siglos las redes locales de interacción han mostrado una clara disminución relativa, en tanto las redes a mayor distancia –nacionales, internacionales y transnacionales– se han vuelto más densas, estructurando en mayor grado la vida de las personas. Las redes realmente globales han surgido hace relativamente poco tiempo. Observemos que éstas no necesariamente son idénticas a las redes transnacionales, pese a que muchas entusiastas las equiparan. Tampoco son económicas por naturaleza; pueden constituirse a partir de movimientos geopolíticos (como argumenta Shaw), o ideológicos como una religión, el socialismo, el feminismo o el neoliberalismo –quizás la combinación de estos movimientos podría ser equivalente a una nueva sociedad civil transnacional–.

Debido a que el Estado-nación constituye, o fundamentalmente restringe, las redes nacionales e internacionales, el futuro del Estado-nación sufre un vuel-

co crucial una vez se da respuesta a dos interrogantes: *¿La importancia social de redes nacionales e internacionales está decayendo en relación con alguna combinación de redes locales y transnacionales? Y en la medida en que surgen redes globales, ¿cuál es el aporte relativo que reciben por parte de redes nacionales/internacionales en oposición a redes locales/transnacionales?*

EL "MODESTO ESTADO-NACIÓN" DEL NORTE

Comienzo refiriéndome a la forma de Estado más conocida y dominante en el mundo hoy día. En el "occidente" o, más precisamente, en el "noroccidente" de Europa occidental y sus colonias habitadas por gentes de raza blanca, surgió un Estado reclamando soberanía política formal sobre "sus" territorios, así como una legitimidad sustentada en el "pueblo" o "nación" que lo habitaba. Es ello lo que entendemos por Estado-nación.

Los poderes reguladores de tales Estados se expandieron a lo largo de varios siglos. En primer lugar, y a partir de las postrimerías de la Edad Media, reclamaron cada vez con más fuerza un monopolio de las regulaciones legales y del poderío militar. Luego, en el siglo XVIII y especialmente en el XIX, apoyaron la integración de las infraestructuras, las comunicaciones y el control básico de los pobres. El siglo XX fue testigo del surgimiento de Estados benefactores, de la planificación macroeconómica y de la movilización de un nacionalismo ciudadano de masas. En forma simultánea, un mayor número de Estados logró su legitimidad en términos de "el pueblo", bien sea "representándolo" (democracias liberales), bien "encarnándolo orgánicamente" (régimenes autoritarios), mediante diversas categorías de ciudadanía civil, política y social. Por tanto, en cierta medida, los noroccidentales quedaron "aprisionados" en redes nacionales de interacción, a las que complementaron las relaciones internacionales entre Es-

tados-nación descritas bajo el término "geopolítica".

Ésta es la historia del "surgimiento" del Estado-nación y de su sistema, historia de todos conocida a la que he agregado un grano de arena⁴. Con todo, hemos de tener en cuenta que la expansión de estas redes nacionales e internacionales siempre ocurrió *simultáneamente* con la expansión de ciertas relaciones "transnacionales" de poder, en particular aquéllas del capitalismo industrial y sus ideologías asociadas (liberalismo, socialismo), además de las redes culturales más amplias que surgieron en el noroccidente a partir de la percepción "blanca" de los europeos/cristianos sobre la identidad colectiva. Por tanto, las redes nacionales e internacionales de interacción crecieron más a expensas de las redes locales que de las transnacionales. Por ejemplo, a finales del siglo XIX, cuando los Estados europeos cimentaban sus infraestructuras nacionales de educación y salud pública, incrementaban sus tarifas y, poco a poco, perdían el rumbo acercándose cada vez más a la guerra contra sus vecinos (ejemplos de encasillamiento nacional e internacional), el comercio transnacional se incrementaba con rapidez asombrosa, llegando a conformar la misma proporción de la producción mundial que hoy representa, y los poderes noroccidentales actuaban de consuno, con una actitud de superioridad cultural para cristianizar, explotar y drogar a los chinos.

En verdad, el crecimiento del Estado-nación *presuponía* una expansión global de gran envergadura. Aunque parezca obvio que el propósito era financiar este crecimiento, probablemente operó también una percepción de nacionalidad animada por el discernimiento de superioridad europea/cristiana/blanca que dotó a *todas* las clases y sexos del Noroccidente con un sentido de su propio valor moral e igualdad. Es cierto que la última gran ola

⁽⁴⁾ *Ídem.*

expansionista del Estado-nación, desde 1945 hasta la década de los sesenta, también puede haber involucrado ambos aspectos. Los Estados disponían de enormes recursos financieros, resultantes de una expansión económica masiva y, además, contaban con las instituciones generadas por la guerra –y la reconstrucción– para gastar sus recursos. Mientras tanto, las naciones noroccidentales, una vez enseñaron a sus súbditos de las colonias los valores de la “civilización”, procedieron a “concederles” la independencia de acuerdo con su propio estilo europeo: como Estados-nación. En consecuencia, el pasado fue testigo del surgimiento del capitalismo transnacional y de identidades culturales, simultáneamente con la aparición del Estado-nación y su sistema internacional. Ellos siempre han poseído una compleja combinación de autonomía relativa e interdependencia simbiótica.

De igual manera, la mayor parte de los Estados noroccidentales *perdieron* ciertas funciones durante el período de su expansión. Conforme se volvían más “seculares”, cedían sus poderes sobre la normatividad moral que, en principio, habían poseído en asociación con las iglesias (si bien en siglos anteriores lo habitual era que la Iglesia, antes que el Estado, se encargaran de hacer valer esas normas morales). Así mismo recordemos que en gran medida la vida económica jamás estuvo bajo el dominio del Estado: lo denominamos propiedad “privada”. Por tanto, gran parte de la vida social continuó siendo, o llegó a ser *más* privada, por fuera del ámbito de competencia del Estado-nación, aun durante el gran período de expansión. La propiedad permaneció privada, los homosexuales siguieron ocultos en el armario. El capitalismo y la moralidad fueron básicamente autónomos del Estado. Más adelante sugiero que la autonomía moral se encuentra en decadencia.

Por consiguiente un “Estado-nación modesto” llegó a ocupar una posición dominante en el Noroccidente. Durante el transcurso del siglo XX derrotó tres rivales. Uno de ellos el “Imperio multina-

cional”, los imperios dinásticos de los Habsburgos, Romanovs y Otomanos, con Estados débiles y escasa identidad nacional, en realidad una alternativa menos nacional-estatista comparada con los otros dos Estados derrotados. El fascismo intentó establecer un Estado mucho más fuerte y autoritario que, supuestamente, encarnaría la esencia de una nación rígida y étnicamente definida. Ya en 1945 el fascismo estaba desacreditado, al menos para las dos generaciones siguientes. Igualmente el socialismo de Estado buscó crear un Estado más fuerte (supuestamente sólo en el corto plazo). Si bien no estrictamente nacionalista, su creciente tendencia a equiparar al proletariado con un “pueblo” o “masa” más amplio le otorgó un principio similar de legitimación. Y su autarquía económica y el control rígido de sus ciudadanos intensificaron su encasillamiento “nacional”. Su impopularidad duró más tiempo y para 1991 pareció llegar a su fin (por el momento). Estos dos regímenes derrotados reclamaron el monopolio de la moralidad, cosa que el “Estado-nación modesto” nunca hizo. Era responsabilidad del Estado cultivar el “Hombre soviético” o lo “conscientemente alemán”. Si estos ambiciosos Estados-nación hubieran triunfado y el mundo se hubiera globalizado, la sociedad global se habría constituido por una serie fragmentada de redes globales donde primarían las relaciones particularísticas, probablemente más beligerantes. Dado que no triunfaron, podría esperarse que cualquier globalismo posterior fuese más universal en su carácter.

A partir de 1945, el modesto triunfador se difundió aún más a lo largo y ancho de casi todo el resto del Norte, es decir, la totalidad del continente europeo, y a un número cada vez mayor de regiones del Oriente y Sur de Asia. Sus atavíos formales también han dominado “el Sur”, en tanto los Estados se reúnen en un foro llamado “las Naciones Unidas”. Podría considerarse que el modesto Estado-nación domina el mundo. De hecho, lo hace en algunos sentidos limitados. Sólo unos pocos Estados no

fundamentan su legitimidad en la nación, o carecen del monopolio de la coerción interna o de verdaderas fronteras territoriales. Casi todos se las ingenian para poner en práctica políticas orientadas hacia el control básico de la población, la salud y la educación. Aunque la disminución de las tasas de mortalidad y el incremento de las tasas de alfabetización tienen múltiples causas, algunas de ellas se originan en el ámbito de políticas públicas efectivas.

Por estas razones continuaré describiendo los Estados modernos como Estados-nación. Aún así, la mayor parte de los Estados detentan un control bastante limitado sobre sus territorios y fronteras, mientras sus exigencias para representar la nación frecuentemente no son genuinas. Para gran parte del mundo, un Estado-nación *verdadero* continúa siendo más una aspiración para el futuro que una realidad del presente. Su ascenso ha sido global, aunque modesto y poco uniforme. Llegó a dominar el "Norte", ha sido parte de su expansión y representa un futuro deseado para la inmensa mayoría de los pueblos del mundo. ¿Todo esto se encuentra amenazado en la actualidad?

LA AMENAZA CAPITALISTA

Los entusiastas han identificado acertadamente muchas transformaciones importantes del capitalismo. No es pues necesario documentar el uso capitalista de la nueva tecnología "informática" y "postindustrial" en su expansión a través del mundo y su penetración profunda de la vida social. ¿Pero qué tan grande es su amenaza al Estado-nación? ¿Y qué tan "global" y/o "transnacional" es esa amenaza?

En un sentido geográfico formal, el capitalismo de ahora es más o menos global. Dos grandes acontecimientos geopolíticos permitieron su difusión masiva. En primer lugar, el fin de la colonización dio por terminada la segmentación de la economía mundial en zonas imperiales separadas. En segundo lugar, el colapso de la autarquía soviética abrió la mayor

parte de Eurasia a la penetración capitalista. En la actualidad sólo Irán, China y un puñado de países comunistas pequeños mantienen bloqueos parciales, con tendencias a la reducción o a la espera de que comiencen a hacerlo en un futuro cercano. China conserva diferentes formas de propiedad (una mezcla de propiedad y control privado con variedades de propiedad y control público), mientras continúan existiendo áreas de economía de subsistencia dispersas en el mundo (en proceso de disminución). Con todo, el intercambio capitalista de mercancías continúa siendo predominante. Sin ningún adversario a la vista el capitalismo se está volviendo global –al menos mínimamente. Éste no era el caso en 1940 y ni siquiera en 1980. Resulta obvio que se trata de una transformación significativa.

¿Pero sus redes globales son "puras", en el sentido de ser singularmente universales, u otros principios más particularísticos de organización social también contribuyen a constituir las? Una economía puede ser global, pero por la ayuda de redes nacionales e internacionales de interacción. Después de todo, más del 80% de la producción mundial continúa destinada al mercado nacional interno. Teniendo en cuenta que las estadísticas económicas se obtienen a nivel del Estado-nación, desconocemos cuál es la contribución relativa de los intercambios en verdad nacionales con respecto a las contribuciones de redes de interacción local. Con toda probabilidad, la economía nacional está considerablemente menos integrada de lo que las estadísticas sugieren, en particular en los países atrasados en relación con países industrializados como Estados Unidos o Australia. Aun así, es evidente que el Estado-nación estructura de manera sistemática muchas redes económicas.

La propiedad, los activos y actividades de I&D de las corporaciones "multinacionales" (incluyendo bancos, fondos mutuos de inversión y compañías aseguradoras) permanecen de manera desproporcionada en su Estado de origen, mientras continúan dependiendo

de su acción para proveerse de capital humano (educación), comunicaciones, infraestructuras y proteccionismo económico⁵. No obstante, aún entre las multinacionales más sólidas la extensión de sus mercados, la organización de la producción y sus flujos de inversión son también transnacionales en esencia. En la actualidad proliferan las alianzas estratégicas con corporaciones de otras "nacionalidades", debilitando la identidad nacional de la propiedad –aunque muchos de estos acuerdos ocurren para evadir el proteccionismo y de ser así podrían mostrar una tendencia a la disminución–.

Las finanzas son mucho más transnacionales, como lo evidencia la creciente complejidad de los mercados financieros y de los modelos que se supone explican su forma de operación –desde la teoría del Acceso aleatorio hasta la teoría del Caos!–. Con todo, sus instituciones continúan demostrando una regularidad burocrática, gran parte de ella con un carácter nacional pronunciado. Los empleados de Nikko Europa comienzan su jornada laboral antes de la hora de cierre de la Bolsa de valores de Tokio. Sus clientes establecidos en Europa –en realidad corporaciones japonesas en su mayoría– son los primeros en recibir la última información disponible. Luego, a medida que Wall Street despierta (en Nueva York), la información se transmite hacia occidente, mientras Londres termina su jornada de trabajo. Así mismo, los mercados financieros revelan una dualidad nacional/transnacional: negociar en bonos gubernamentales, en divisas y en mercados futuros es más que todo una actividad transnacional, que se abre camino a través de las fronteras de los países, sujeta a pocos controles. Sin embargo, el precio de las acciones de la com-

pañía tiende a fijarse de acuerdo con los mercados nacionales de valores, así como con leyes corporativas y prácticas contables nacionales⁶. Claro está que Europa occidental se ha vuelto más transnacional apoyando la integración económica continental. Hay un auténtico mercado único y una divisa unificada. En este caso, las corporaciones nacionales se están convirtiendo en "campeones europeos", contando con la ayuda, tanto del gobierno de la Unión Europea como del Estado-nación.

Es obvio que se hace necesario investigar tales complejidades económicas con mayor detenimiento. Con todo, surgen dos aspectos: Europa es un caso extremo y las verdaderas redes de interacción capitalista siguen siendo profundamente mezcladas. Sigue presente la simbiosis entre lo nacional y lo transnacional.

Emerge un tercer aspecto: no es posible equiparar gran parte de las relaciones económicas "transnacionales" con un universalismo global. El mayor volumen de la actividad capitalista es más "trilateral" que global, concentrada en las tres regiones del "Norte" desarrollado: Europa, América del Norte y Asia oriental, dueñas del 85% del comercio mundial y de más del 90% de la producción de sectores avanzados como la electrónica, además de poseer las casas matrices de casi las 100 multinacionales más importantes del mundo (incluyendo los bancos). Esta realidad no significa que el capitalismo no sea global. Indica tan sólo que el Norte es rico y el Sur pobre, y que ambos están irremediabilmente encadenados compartiendo una red global de interacción. Y sugiere que el capitalismo retiene un orden geoeconómico dominado por las economías de los Estados-nación industrializados.

⁽⁵⁾ Carnoy, M. "Whither the Nation-State?". En: Carnoy, M. (editor). *The New Global Economy in the Information Age*. College Park, Penn: Pennsylvania State University Press, 1993; Castells, M. "The informational economy and the new international division of labor". En: Carnoy. *Ídem*.

⁽⁶⁾ Wade, R. "Globalization and its limits: reports of the death of the national economy are greatly exaggerated". En: *New Left Review*, 1996.

Agrupaciones de Estados-nación proveen el orden de estratificación del globalismo. Entre otras consecuencias, esta estratificación protege a los ciudadanos del Norte: un niño o niña con un nivel mediocre de educación, cuyo padre es un trabajador no calificado en Gran Bretaña o Estados Unidos, disfrutará condiciones materiales de existencia mucho mejores (incluyendo 20 años más de vida) de las que puede tener un coetáneo de sus mismas condiciones en Brasil o India. Es un hecho cierto que las desigualdades entre estos Estados-nación son cada vez más notorias; sin embargo, es casi inconcebible pensar en la abolición del grueso de los privilegios de que disfrutaban los ciudadanos nativos de los países del Norte. Hacerlo daría lugar a desórdenes sociales de tal magnitud que serían incompatibles con un capitalismo estable y fructífero. El Estado-nación provee parte de la estructura y la estratificación de las redes globalizadas.

De igual manera, la economía global está sujeta a regulaciones internacionales laxas bajo la forma de organizaciones como el G-7, el GATT, el Banco Mundial o el FMI, organizaciones también bajo el dominio del Norte. Algunas de ellas participan en negociaciones de liberalización del comercio en apariencia interminables, dado que, recientemente los gobiernos nacionales han comenzado a aumentar las barreras no arancelarias. De ningún modo estamos en el comercio global libre aunque nos acerquemos poco a poco. ¿Pero se trata de otra fase en la oscilación histórica normal entre los polos del libre comercio y del proteccionismo? Todo depende de otras tendencias que analizaremos.

En el futuro cercano, la economía globalizante no sólo adquiere su carácter a partir de redes transnacionales de interacción. Lo global lo constituye una compleja mezcla de lo local, lo nacional, lo internacional (que en mi análisis está representado principalmente por el trilateralismo del Norte) y lo verdaderamente transnacional. La mercancía *transnacional* no rige el mundo.

Con el correr del tiempo pueden declinar algunas de estas estructuraciones nacionales e internacionales. La dominación de la economía mundial por el Norte puede disminuir debido a las presiones de la ventaja comparativa. Fuera de las actividades con aportes significativos de alta tecnología, gran parte de las empresas productivas pueden emigrar al Sur, a los países con menores costos, dando origen a mayor globalización (aunque no necesariamente aliviando la desigualdad). Hasta ahora la emigración ha funcionado, no por causa de alguna lógica "transnacional" (¿de Acceso aleatorio?), sino por la combinación de cuatro principios: la posesión de recursos naturales útiles, la proximidad geográfica (países vecinos), las alianzas geopolíticas (países amistosos), y la estabilidad del Estado y la sociedad civil (países predecibles). En tanto el primer factor se encuentra aleatoriamente alrededor del mundo -el petróleo puede desarrollar países bastante atrasados-; en general, los tres factores restantes están conectados entre sí.

El desarrollo histórico de las principales economías del Norte surgió en escenarios regionales amplios, a partir de los cuales los países y sociedades aledañas se beneficiaron. En consecuencia, la expansión ha sido más que todo hacia vecinos amistosos con naciones y Estados relativamente desarrollados, como Korea y México, antes que, digamos, hacia la mayor parte de los países de África. El grueso del crecimiento tampoco adopta un patrón regional de "enclave" dentro de los Estados. Entonces, el desarrollo tiende a difundirse a través de los territorios clave de estos Estados, fortaleciendo el desarrollo de sus sociedades civiles y su avance hacia el Estado-nación. Por consiguiente la extensión del Norte -y por tanto de la globalización- ha dependido de -y a su vez se ha fortalecido a partir de- los Estados-nación que se benefician de ella. Esta forma de globalización refuerza las redes nacionales.

Como quiera que el capital financiero parece ser más transnacional que el industrial, sus restricciones sobre el Esta-

do-nación son las más señaladas por los entusiastas. Su movilidad y velocidad producen movimientos financieros que minimizan los recursos fiscales de los Estados y restringen dos de los tres pilares de la política fiscal de posguerra, las tasas de interés y la revaluación de divisas (las políticas impositivas se ven menos afectadas). Existen dos razones que hacen difícil evaluar la importancia general de este hecho. En primer lugar, las cifras no ofrecen precisión real sobre las relaciones de poder. Dado que las divisas, las acciones, los negocios a futuro, etc., pueden ser objeto de transacción muchas veces en un mismo día, el valor nominal de los "flujos financieros" supera considerablemente el del comercio mundial, y continúa aumentando. Sin embargo, el poder no puede simplemente borrar estas cifras. Lo que se está negociando son derechos de propiedad sobre materias primas, bienes manufacturados y (cada vez más) servicios, casi todos con gran localización y por tanto, con un grado presumible de identidad nacional.

En segundo lugar, no hay claridad sobre la efectividad de la planificación macroeconómica en el Noroccidente. Pareció ser efectiva en tanto se producía un crecimiento masivo y los gobiernos tenían acceso a los superávits. Muchos gobiernos tuvieron la posibilidad de ser moderadamente intervencionistas (aunque, por lo general, los incentivos selectivos fueron más efectivos que los controles físicos). Sin embargo, desde entonces hemos presenciado no sólo el colapso de la economía keynesiana, sino también de la teoría económica en general. En la actualidad los economistas aceptan no poder ofrecer explicación alguna acerca de los auges o caídas de la economía del siglo XX (al menos de alguno que no dependa de eventos singulares como las grandes guerras mundiales). Es factible esperar políticas macroeconómicas nacionales/internacionales (es decir, trilaterales) más laxas y fiscalmente más cautelosas: una proliferación de directrices emanadas del G-7 y el GATT, además de convenios de liberalización gradual; programas de colaboración y de incentivos

más que programas de nacionalización o inversión estatal directa; bancos centrales más que políticos; menos la pretensión de controlar los mercados que de señalar rumbos y, sobre todo, ningún incremento de tasas impositivas bajo el subterfugio de una grandiosa teoría económica.

Tampoco son fáciles de interpretar las razones que sustentan las reducciones dramáticas del poder. Conforme la economía se ha internacionalizado, los estándares de vida se han estancado en tanto crece la desigualdad (con excepto de Asia oriental). Si cada vez con mayor fuerza los gobiernos nacionales se restringen en su planificación económica y en sus pretensiones de Estado benefactor, la razón podría deberse a tendencias transnacionales o a la recesión. Por ejemplo, las políticas de "substitución de importaciones" implantadas en América Latina fructificaron sobre la expansión económica regional posibilitada por la Segunda Guerra Mundial. Esa política se derrumbó por el endeudamiento acumulado en el crédito fácil de los años setenta, seguido por el estancamiento e inflación de los ochenta.

La "reestructuración" ha alcanzado dimensiones extremas en gran parte de la región, eliminando virtualmente la planificación macroeconómica nacional y reduciendo el tamaño del Estado benefactor. Sin embargo, esta situación puede haber sido el resultado, no tanto del transnacionalismo cuanto del poder de la deuda al capital financiero y sus principales instituciones. Sin embargo, en comparación la "reestructuración" de Corea puede ser una mera reorientación de políticas macroeconómicas aún más fuertes, ya que si bien este país tuvo una deuda considerable, su crecimiento económico significó que la deuda pudiera pagarse y se lograra atraer un mayor volumen de inversión extranjera.

La crisis fiscal que afectó por igual a la mayor parte de las naciones del Norte y del Sur, puede ser más el producto de la recesión que del capitalismo transnacional. Mi trabajo anterior me permite afirmar que, por lo menos desde el siglo

XIII, los ciudadanos sólo aceptan pagar una mayor proporción de sus ingresos en impuestos durante tiempos de guerra⁷. A duras penas, puede sorprendernos su renuencia a contribuir al fisco durante la pacífica década de los setenta y años posteriores, en un período de recesión (cuando sus ingresos reales se habían estancado, o se deterioraban cada vez más). Se trata de la norma histórica, no del producto único de la "posmodernidad" o del "globalismo". En realidad, los movimientos políticos que tradicionalmente se apoyaban en el Estado-nación, como la Socialdemocracia, la Democracia Cristiana y el Partido Demócrata de Estados Unidos, han entrado en una especie de crisis. Se han atascado e iniciado una etapa de deterioro (más en términos de su capacidad para diseñar políticas radicales que de atraer votos).

Una vez más, las razones no son del todo claras. ¿Acaso es el resultado de los nuevos poderes del capital transnacional (quizás de las Euroinstituciones), o de que los ciudadanos se nieguen a apoyar las políticas de "impuestos y gastos" en medio del estancamiento y el deterioro de sus ingresos reales? Aunque es probable que ambas sean correctas, no he visto la investigación que establezca una clara diferencia entre estas hipótesis antagónicas. Por supuesto, si el crecimiento no se reinicia, o si su desproporción continúa aumentando la brecha de la desigualdad y acrecentando el desempleo, sus efectos políticos sobre el despertar de los sectores de centro-izquierda pueden ser similares a los identificados por los entusiastas. La ciudadanía social parece haber alcanzado su auge en el Norte y en la actualidad atraviesa un período de descenso. Aun así, se podría revertir la situación mediante una serie de tendencias futuras: recuperación económica, factores democráticos cambiantes o reacciones políticas adversas.

Las economías nacionales también muestran variaciones considerables en su

prosperidad, su cohesión y su poder. Analicemos, en primer lugar, las tres principales regiones del Norte. América del Norte está dominada por su superpotencia, Estados Unidos, dotado de un Estado inusual dominado por su excepcional máquina de guerra y su deficiente sistema de seguridad social. La mayor parte de las demás actividades gubernamentales, que en casi todos los países del Norte son del ámbito de acción del gobierno central (la justicia criminal, la educación y gran parte de los programas de bienestar social), son responsabilidad de 50 "estados" locales separados. Tres industrias importantes se encuentran estrechamente entrelazadas con el gobierno Federal: la agricultura, el complejo militar-industrial y los servicios de salud, en cierta medida planificados. Muchas otras industrias tienen relaciones estrechas con los gobiernos locales; por ejemplo, la construcción de vivienda. Es difícil vislumbrar algo así como el despertar de los poderes del gobierno en Estados Unidos, dado que ellos nunca se ejercieron de manera muy activa. La recesión por sí sola significa que ahora es imposible ejercer esos poderes. En medio de estándares de vida estancados, ningún organismo gubernamental puede aumentar los impuestos. Por otra parte, en ciertos aspectos podría decirse que en realidad el Estado-nación se está reduciendo. Organizaciones tan diversas como bancos, estaciones de televisión y periódicos se están volviendo más integrados nacionalmente, mientras la reciente absorción escolar y laboral de un número impresionante de inmigrantes (la inmigración ha regresado a los niveles anteriores a 1914) indica una formidable solidaridad nacional.

En la actualidad, Asia oriental también se encuentra bajo el dominio de un Estado-nación único, aunque Japón no es una superpotencia militar. La economía política de Japón difiere tanto de la de Estados Unidos como de la de Europa,

⁽⁷⁾ Mann, M. *The Sources of Social Power*. Ob. cit.

mostrando mucha mayor coordinación entre el Estado y las corporaciones capitalistas. "Gobierno del mercado" lo denomina Wade e "Interdependencia gobernada", según Weiss y Hobson⁸. Esta coordinación nacional se ha adaptado de diversas formas a través de las economías más pequeñas de Asia oriental. Entre estas formas podemos mencionar activas políticas industriales con base en tasas impositivas selectivas, o subsidios condicionales para sectores y coordinación gubernamental de la colaboración interempresarial para la incorporación de nuevas tecnologías⁹. También estos países gozan de estabilidad política y de una sociedad civil avanzada, es decir, "nacional", estable, capacitada y, por lo general, honesta.

Los gobiernos de Asia oriental cuentan con una sólida base impositiva, el crecimiento para respaldar la deuda y sus países son atractivos a los inversionistas extranjeros. Tienen la capacidad de aumentar los impuestos para incrementar el radio de acción de los servicios estatales y tienen poder de negociación con las corporaciones extranjeras. La distribución del ingreso es bastante equitativa, mientras sus ciudadanos tienen acceso a una amplia red de servicios públicos como educación y vivienda. Protegen sus industrias nacionales, si bien de diferentes formas. Asia oriental ofrece combinaciones diferentes de transformación capitalista y Estados-nación.

Europa es la única de las tres regiones que ha experimentado una transformación política significativa¹⁰, reduciendo la autonomía "particularística" de sus Estados miembros. Ya no les es posible

actuar a título individual con respecto a muchas cuestiones políticas –desde las etiquetas en los productos hasta la tortura de terroristas sospechosos–. En el largo plazo se pueden producir importantes variaciones constitucionales. Parece probable que la fuerza cada vez mayor de los grupos de presión, sobre el Eurogobierno como sobre los gobiernos nacionales, aunada a la política regional de la Unión Europea con importantes recursos financieros, produzca una distribución más uniforme del poder entre el gobierno central y el local.

La economía de Europa se ha transnacionalizado substancialmente. Empero, la Unión Europea también continúa siendo una asociación entre Estados-nación, una red internacional de interacción. Los acuerdos geopolíticos específicos entre Alemania y Francia, con el respaldo de sus Estados clientes, han sido siempre su motor de crecimiento. Alemania y Francia, como los demás Estados, han perdido muchas autonomías particularísticas. Sin embargo, cuando se unen, continúan siendo los amos y señores de las cuestiones de mayor trascendencia. Los Estados más pequeños y económicamente más débiles parecen haber perdido más, aunque en el pasado su soberanía sobre aspectos cruciales era más limitada. No se trata de geopolítica tradicional "dura", ya que el temario de la discusión es primordialmente económico y los participantes están convencidos de que la guerra entre ellos es impensable. Se trata de geopolítica "blanda", estructurada por redes mucho más densas de interacción internacional (además de las restantes redes nacionales).

⁽⁸⁾ Wade, R. *Governing the Market: Economic Theory and the Rise of the Market in East Asian Industrialization*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1990; Weiss, L. y Hobson, J. 1995. *States and Economic Development. A Comparative Historical Analysis*. Cambridge: Polity Press, 1995.

⁽⁹⁾ Weiss, L. "Governed interdependence: Rethinking the government-business relationship in East Asia". En: *The Pacific Review*, Vol. 8, 1995.

⁽¹⁰⁾ En un artículo anterior he analizado esta situación con mayor detenimiento, haciendo algunas comparaciones con otras regiones. Sin embargo, como lo indica el presente artículo, desde entonces mis puntos de vista se han modificado en algunos aspectos. "Nation-states in Europe and other continents: Diversifying, developing, not dying". En: *Daedalus*, Vol. 122, 1993.

Dada su variedad, sería imprudente generalizar acerca "del Sur". Es posible que una parte siga el camino de Asia oriental. Una penetración transnacional verdadera integraría trozos de territorio en todas partes, por puro azar, casi sin consideración alguna por las fronteras de los Estados. No obstante esto parece poco probable, dado que un gobierno estable y los sistemas de educación y salud todavía parecen constituir la condición mínima para una inversión extranjera significativa. Factores que exigen organización social coordinada en el ámbito nacional o estatal. ¿Qué otro organismo puede proveerlos? Si Chile está siguiendo rumbo al Norte es porque su Estado y sociedad civil, ya bastante estables, recibieron el refuerzo de un orden antiizquierdista impuesto por el Estado y un neoliberalismo económico también estatal, de gran atractivo para los inversionistas extranjeros, especialmente para los Estados Unidos. Si los países árabes más ricos lo logran, se deberá a su petróleo. China e India, un tercio de la población mundial, ofrecen combinaciones diferentes de recursos económicos masivos, sociedades civiles fuertes y ambiciosas legislaciones estatales. ¿El sentido de ciudadanía nacional en estos países se verá disminuido o fortalecido por el éxito económico? Con toda seguridad se verá fortalecido.

En el otro extremo, Estados profundamente perturbados en África parecen encontrarse en proceso de fragmentación por razones premodernas, antes que postmodernas. Su reclamo de modernidad, incluyendo la constitución de un Estado-nación, demostró ser frágil. Aunque estaría interesado en respaldarlos, no en fragmentarlos, el capitalismo internacional no cuenta con suficiente poder para hacerlo. Existen otras regiones más atractivas, con Estados y sociedades civiles más fuertes.

En consecuencia, la cuestión vital para el Estado-nación en casi todo el mundo es el grado de desarrollo de la economía, aunque también de dos precondiciones del desarrollo: la "civilidad" y la capacidad infraestructural del Estado. La expan-

sión entrelazada de los tres produjo el Estado-nación en el Noroccidente y su extensión a un Norte más amplio. Si el desarrollo mundial se atasca, también se frenará la extensión del Estado-nación. Es posible que algunos Estados-nación "débiles" se desplomen. Pero si el desarrollo es posible, ocurrirá en aquellos países que más se asemejen a Estados-nación.

Suponiendo que el rumbo de la economía se dirija hacia un globalismo cada vez más transnacional, que el libre comercio se logre a medida que la Unión Europea, el NAFTA, la Conferencia Asiática y otros grupos comerciales se fusionen bajo la coordinación laxa de la Organización Mundial del Comercio, y que el desarrollo del Sur llega a ser más extendido, ¿todo ello sería equivalente a una economía transnacional/global única, donde la mercancía y el mercado único gobernarían el mundo?

La respuesta es sí y no. Todos los bienes y servicios tendrían un precio en un mercado único. El "consumismo" ya es dominante, afirman algunos entusiastas; las prácticas contables de los negocios se difunden a través de instituciones previamente aisladas, como el sector público o las universidades, mientras los deportistas venden sus aptitudes al mejor postor en mercados libres y relativamente nuevos. La penetración de la mercancía ampliará su radio de acción. Aun así, las reglas por las que se rigen estos mercados continúan teniendo sus particularidades, como los efectos de las redes nacionales e internacionales de interacción. Aunque hoy en día se vende y se compra una gama mucho más amplia de bienes, muchos de los más importantes no se venden como mercancías en los mercados libres. Ninguna de las tres industrias más importantes en la economía de los Estados Unidos, defensa, servicios de salud y (es probable) drogas ilícitas, se encuentran bajo el dominio único de la producción de mercancías, aunque todas involucran importantes redes transnacionales. Por consiguiente, la mercancía no tiene por qué gobernar, aun a través de una economía en apariencia eminen-

temente capitalista. La economía involucra diversas prácticas y valores sociales, que proveen sus propios "bloqueos" al poder del intercambio de mercancías.

Aunque en la actualidad la economía capitalista es significativamente global, su globalismo es "impuro", una combinación de lo transnacional y lo internacional. El universalismo potencial de lo transnacional se ve socavado por los particularismos de los Estados-nación, pero también por los particularismos de las prácticas de la sociedad humana como un todo.

AMBIENTE, MOVIMIENTOS SOCIALES Y SOCIEDAD CIVIL TRANSNACIONAL

Como consecuencia del crecimiento de la población, de la erosión del suelo y las plantas, de la escasez generalizada de agua, de la contaminación atmosférica y del cambio climático, encontramos una segunda forma de globalismo reforzada por los peligros de la guerra biológica, química y nuclear. Estamos viviendo en la "Sociedad de riesgo" de Beck, aunque no es la única sociedad en que vivimos. Con respecto a algunos de los aspectos mencionados, la "solución" tradicional de dejar que los pobres del Sur mueran de hambre puede seguir siendo válida. No obstante, con respecto a otros, la humanidad en su conjunto enfrenta graves riesgos, en nada semejantes a los riesgos del capitalismo, aunque los dos se encuentren entrelazados (comoquiera que el capitalismo constituye la forma dominante de producción económica). El socialismo de Estado (y el fascismo) fue todavía más destructivo del ecosistema, en tanto la producción de mercancías por parte de pequeños agricultores empleó prácticas destructivas del medio ambiente. Los Estados-nación, las instituciones científicas y (hasta años recientes) virtualmente todas las instituciones modernas contribuyeron con su cuota de destrucción. El crecimiento incontrolado de la población también tiene fuentes diferentes al capitalismo; por ejemplo, prácticas militares, religiosas y patriarcales. Para enfrentar estos riesgos las respues-

tas deben ir más allá del Estado-nación y del capitalismo.

Las respuestas a las cuestiones ambientales parecen contener dos aspectos. En primer lugar, las organizaciones han comenzado acciones que involucran la máxima ambientalista de "pensamiento global, acción local". Se trata principalmente de una mezcla de grupos de presión, locales y transnacionales, más "modernos" que "postmodernos", dado que rechazan la explotación material y científica de la Naturaleza por razones primordialmente científicas y sociocientíficas. Si bien sus élites se originaron en el Norte se difunden cada vez más en todo el mundo, creando redes que emplean los medios más modernos y globales de comunicación.

Este tipo de organización local/transnacional hace parte de una "sociedad civil global", cada vez con más fuerza. Su estructura no es del todo nueva. En los albores del siglo XX los socialistas (y en menor grado los anarquistas, pacifistas y fascistas) dieron origen a redes transnacionales extendidas sobre gran parte del globo, haciendo uso de tecnologías igualmente avanzadas (imprentas, traducción simultánea, dictáfonos, como muestra el excepcional estudio de Trotsky de Ciudad de México). Los socialistas lanzaron una ola de revoluciones, algunas exitosas, la mayor parte fallidas. Muchos proponentes de la nueva sociedad civil tienen la expectativa de que, con el correr del tiempo, su magnitud minimizará tales analogías históricas.

En segundo lugar existe un despliegue cada vez mayor de organismos intergubernamentales, macrorregionales y continentales, conferencias de las Naciones Unidas, etc. Sus participantes clave, aquellos que podrían poner en práctica decisiones políticas coordinadas, son representantes de Estados-nación. La "geopolítica blanda" se está volviendo densa en este escenario. Los demás delegados son "expertos" viviendo una doble vida. Aunque formados en asociaciones profesionales transnacionales, deben adoptar la visión del Estado-nación, persuadiendo a los gobiernos de que los

problemas globales son, en realidad, de interés nacional. En consecuencia, las cuestiones ambientales fomentan redes duales de interacción: una es una sociedad civil local/transnacional; otra es una red internacional bajo la forma de geopolítica "blanda". La primera puede trascender al Estado-nación, la segunda lograr una coordinación más estrecha de los Estados, aunque quizás, en términos consensuales no incompatibles con una diseminación de una sociedad civil. De nuevo, se trata de una historia heterogénea.

Es también la situación de los "nuevos movimientos sociales". Se argumenta que ellos, ligados a las "nuevas políticas" de identidad –de género, sexualidad, estilo de vida, edad de contraer matrimonio, religión y etnia–, debilitan las identidades nacionales y las clases nacionalmente reguladas reemplazándolas o complementándolas con fuentes de identidad locales y transnacionales. Las políticas étnicas son demasiado variables para analizarlas en unos cuantos párrafos, así que una sola frase cumplirá nuestro actual propósito: las políticas étnicas pueden fragmentar Estados existentes, pero en razón de la derrota de Estados multinacionales y socialistas alternativos, tales políticas generan un mayor número de Estados-nación supuestamente más auténticos. Con respecto a otros movimientos fundados en políticas de identidad aduciría que, en términos generales, fortalecen los Estados-nación existentes.

Argumenté que el "Estado-nación moderado" comenzó alejado de áreas de la vida social consideradas "privadas". El hogar era especialmente sagrado y los Estados se mantuvieron al margen de la vida familiar de todos los sectores sociales, con excepción de los muy pobres. Por lo general los Estados seculares carecieron de preocupaciones morales propias, tomando posesión de los conceptos religiosos. Pese a que su legislación prohibía formas de comportamiento personal, los gobiernos dependieron más de la internalización ciudadana de la moralidad, que de la obligatoriedad de la nor-

ma. Cuando los ciudadanos privadamente evadían las normas, los Estados carecían de infraestructuras efectivas de coacción. Las excepciones se dieron cuando se violaba el hogar patriarcal y la conducta sexual cristiana –la prohibición del trabajo infantil y femenino es un ejemplo–.

El siglo XX modificó la situación mediante nuevos movimientos políticos y la penetración del Estado benefactor en la vida privada de los ciudadanos. Los Estados legislaron entonces sobre una conducta moral en lo que hasta entonces habían sido territorios privados: ya no puedo contaminar el medio ambiente público fumando; no puedo golpear a mi esposa o a mis hijos. La nueva legislación se enmarca, paradójicamente, no en el espíritu de la restricción sino en la extensión de las libertades personales. Los homosexuales pueden practicar su estilo de vida abiertamente, las mujeres tienen derecho a abortar. Sin embargo, el resultado no es una ausencia neoliberal de regulación estatal. Por el contrario, produce un debate político continuo y un diluvio legislativo. ¿Los homosexuales pueden contraer matrimonio, criar hijos, ser miembros del ejército? Los Estados Unidos son un caso extremo, sus dos principales partidos políticos se encuentran parcialmente secuestrados por estos "nuevos movimientos sociales". Sin embargo, estas cuestiones morales han politizado la mayor parte de los países del mundo.

Las guerras culturales involucran algunas redes transnacionales y globales de interacción. Feministas, homosexuales, fundamentalistas religiosos, etc., utilizan novedosas redes globales de comunicación y ONG, mientras concentran sus energías en las Naciones Unidas y en sus propios países. Sin embargo, los actores más beligerantes exigen un *mayor* volumen de regulaciones por parte de su propio Estado-nación. Teniendo en cuenta que la normatividad social legítima continúa siendo dominio del Estado-nación, en últimas, el surgimiento de nuevas identidades puede revigorizar sus políticas y ampliar su campo de acción.

CONCLUSIÓN

En este artículo hemos analizado tres supuestas “amenazas” a los Estados-nación modernos: la transformación capitalista, los peligros que acechan el medio ambiente y las políticas de identidad. Debemos ser cautelosos con respecto a los más entusiastas de los globalistas y los transnacionalistas. Con escasa percepción de la historia exageran la antigua fortaleza de los Estados-nación; con escaso sentido de la variedad global agigantan su actual decadencia; con escasa comprensión de su pluralidad minimizan la importancia de las relaciones internacionales. En las tres esferas de “amenaza” debemos distinguir: (a) impactos diferenciales sobre diferentes tipos de Estado en diferentes regiones; (b) tendencias que debilitan y algunas tendencias que fortalecen los Estados-nación; (c) tendencias que desplazan la regulación nacional hacia redes transnacionales e internacionales; (d) tendencias que simultáneamente fortalecen los Estados-nación y el transnacionalismo.

He corrido el riesgo de plantear algunas generalizaciones. La transformación capitalista parece estar debilitando en cierto grado los Estados-nación más avanzados del Norte; aun así, un desarrollo económico exitoso fortalecería los Estados-nación en el resto del mundo. La decadencia del militarismo y la “geopolítica dura” en el Norte debilita su médula tradicional de Estado-nación. Sin embargo, las tres “amenazas” deberían intensificar y densificar las redes internacionales de “geopolítica blanda”. Por su parte (y contrario a la opinión generalizada), las políticas de identidad pueden, en realidad, fortalecer los Estados-nación.

Estos patrones son demasiado variados y contradictorios, y el futuro demasiado lóbrego, para permitírnos argumentar, de manera sencilla, que el Estado-nación y su sistema se están fortaleciendo o debilitando. Parece más bien (a pesar de algunos postmodernistas) que a medida que el mundo se integra, son las redes *locales* de interacción las que continúan en decadencia; a pesar de que la fragmentación de algunos Estados en Estados más pequeños, étnicamente definidos, sería algo parecido a una tendencia contraria, es decir, la reducción del Estado-nación a un nivel más local.

Aunque las redes globales de interacción se están fortaleciendo, entrelazan tres componentes principales. En primer lugar, parte de su fuerza se deriva de la escala más global de relaciones transnacionales que se originan principalmente en las relaciones tecnológicas y sociales del capitalismo. Empero, estas relaciones no tienen el poder para imponer un universalismo singular sobre las redes globales. Por tanto, y en segundo lugar, las redes globales también se encuentran moderadamente fragmentadas en razón de las particularidades de los Estados-nación, en particular los más poderosos del Norte. En tercer lugar, la segmentación está intervenida por relaciones internacionales. Éstas incluyen un cierto grado de políticas “duras” y si éstas se desviarán de nuevo hacia guerras de envergadura, o hacia profundas tensiones internacionales, la segmentación se incrementaría de hecho. Con todo, en la época actual la expansión de la geopolítica “blanda” es más pronunciada, situación mucho más compatible con el transnacionalismo. ¿Es ésta una “sociedad global única”? No, en sentido estricto.

Pedro Nel Gómez
DOS MUJERES EN VIGILANCIA NOCTURNA
Acuarela

